



ARTE - HISTORIA  
FILOSOFIA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA

LA MEDICINA DESDE FUERA  
LA VISITA DEL MÉDICO

por

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

Valladolid.

Quisiéramos que el médico se presentase en nuestra casa, como por ensalmo, a los pocos minutos de ser avisado. Y ello es natural. Se abre en la familia un paréntesis de anhelante espera, de zozobra, de malestar cósmico, pudiéramos decir; espera más o menos impaciente, según los síntomas que nosotros, los camaradas de sangre, apreciamos en el enfermo. Pero el enfermo puede ser uno mismo. Quizá nos obligaron a meternos en la cama, tras una de esas conjuraciones familiares en las que suelen llevar la voz cantante—las voces cantantes—las mujeres. La coimena se conmueve, diría André Maurois, desapareciendo entonces, entre los miembros de la casa, las posibles rencillas, los pequeños odios, las minúsculas y cotidianas discusiones derivadas de lo que Paul Valéry ha llamado el tedio interior y específico de la familia. Sí. El ejército se pone en pie de defensa, de cariño, de intimidad gozosa, dulce y delicada, a pesar de la tristeza que flota en el ambiente.

Al principio recibimos con cierto regusto la compañía del lecho. El escalofrío se amolda regocijadamente, enfermizamente, a la envoltura fresca y tibia de las sábanas, a la blandura del colchón, al refugio de la almohada. Luego, la fiebre sube, y comenzamos a luchar a brazo partido con el tiempo. ¡Qué largo el tiempo en la cama! Mas también, a veces, ¡qué fecundo! Una enfermedad es siempre un acontecimiento espiritual en nuestra vida. Meditamos, soñamos, hacemos proyectos, examinamos el depósito de nuestra conciencia, nos encontramos, más que nunca quizá, a nosotros mismos. Disponemos de tiempo para poner en orden nuestras ideas y sensaciones, percibiendo matices y sutilezas que antes nos pasaran inadvertidos. Hay una típica hipersensibilidad de los enfermos, que les permite cazar ruidos, luces, reflejos, sombras, perfumes... ¡Cómo nos atrae, cuando estamos en el lecho del dolor, todo lo que palpita fuera, un poco más allá de las fronteras de nuestra provincia personal: los pasos de las personas que entran y salen, sus cuchicheos, sus movimientos, sus gestos... ¡Qué ingenua envidia nos dan estos seres que pueden seguir haciendo su vida normal, que visten traje de calle, que nos traen noticias de lo que sucede en la ciudad, y, con las noticias, el olor de las plazas, el aire de las rúas, ¡el sol de los parques! Nos hiere emocionalmente, agudamente, lo que acontece en el hogar, y lo que acontece en la calle. ¡Es tan encantadoramente complicado el mundillo de la casa! Van llegando los proveedores, va sonando el timbre de la puerta, penetra alguien con las cartas familiares... Y las conversaciones telefónicas, las pláticas de la madre de familia con los vecinos, las risas de los niños que vuelven del colegio, el sonar de los platos en la mesa, a esa hora de las alegres concentraciones familiares. Y lo que pasa fuera, que presentimos y entrevemos: el vuelo de un pájaro de la torre propinqua, el surco de las palomas, las horas de todos los relojes de la ciudad, las campanas, los pregones, el ómnibus que viene de la estación, la canción de las

niñas que juegan al corro en la plazuela. En una lámpara se reflejan las ramas de las acacias de la calle, y el sol, y hasta la brisilla de cada minuto que es como la respiración del tiempo.

Pero, ¿cuándo llega el médico? Tal vez no somos nosotros los enfermos, y en ese caso la espera se hace más pungente. Y ya, el timbrado del médico. Silencio y expectación. Y una sensación inefable de tranquilidad. Diríase que a medida que el médico va avanzando por el pasillo, todo en la casa cobra un sosiego equilibrado, una paz de amplios y profundos horizontes. Dialoguillos intrascendentes con el doctor, como para entretener nuestra impaciencia, como para descansar brevemente en la frivolidad de un preludio, antes de ingresar en la emoción de lo que directamente nos interesa. Mas ha llegado el momento de la verdadera visita. El médico empieza a preguntar, y nosotros, con el enfermo, empezamos a responder: «Ayer estaba perfectamente...» «Tiene una naturaleza muy fuerte...» «Nunca ha estado malo...» No es fácil contestar bien, adecuadamente, a las preguntas formuladas por el médico. Nos salimos muchas veces por la tangente, para desesperación, o desesperación del doctor. ¡Qué ganas se pasará el médico de decir, como el presidente del tribunal al opositor: «¡Aténgase al tema!» No nos atenemos, muchas veces, al tema.

El médico reconocerá al enfermo, le pondrá el termómetro, le temará quizá la tensión... Momentos de nervosismo. Pero el médico ya terminó su exploración, y todos a una, más con el gesto que con la voz, preguntamos al doctor: «¿Qué?» En ese «¿qué?» va implícito nuestro deseo de que nos conteste: «Nada, no es nada de particular...» En ocasiones, el médico no puede decirnos eso. «Hay que esperar... Ya veremos...» Mala cosa si el médico, fuera ya de la habitación del paciente, nos invita a pasar a una pieza contigua para explicarnos lo que sea. ¡Cómo adivinamos estas malas noticias! Y hasta quisiéramos engañarnos, que el médico nos engañara o, al menos, nos consolara con palabras de esperanza. ¿Comprendemos la difícil misión del médico? ¿Qué es lo que el médico debe decir, y lo que no debe, no puede, decir? ¿Recordáis aquel gesto que debió de hacer el médico que visitaba a Don Quijote cuando éste se moría? Y tras el gesto—no había otro remedio—, las palabras, para que Don Quijote pudiera arreglar sus asuntos espirituales.

Afortunadamente, la mayor parte de las veces, el médico puede decir: «No hay nada de particular...» «No se trata de nada grave...» Ganas de saltar, de cantar, nos dan al escuchar estas frases de liberación. Parece que nos han sacado una espina del pecho, parece que todo se vuelve alegre en la casa, parece que somos más felices—y lo somos—que antes. El hogar, tras ese estremecimiento alarmante de la enfermedad, se va reintegrando a su normalidad. Sigue la vida. El enfermo acaba de pedir un libro y un vaso de limón.